

Fausto para *dummies*

Mal paga el diablo

ÁLVARO VANEGAS

Editorial 531, Bogotá, 2012, 189 págs.

DESDE UN punto de vista puramente formal, la novela de Vanegas fue escrita con una prosa medianamente disciplinada, que se concede licencias de cuando en cuando y que se fundamenta en la más razonada de las economías lingüísticas. Quizá la única objeción que puede dirigirse contra la forma reside en unas cuantas faltas ortográficas y tipográficas, acaso endosables a la labor editorial, manifiestamente precaria en el caso de *Mal paga el diablo*. Particular mención a ese respecto merece la irresponsable inclusión de desafortunadas ilustraciones al principio de cada capítulo, que revelan el mal gusto de alguno de los eslabones en la cadena editorial que desembocó en esta novela.

Por inoficioso que pueda parecer, no sobra ubicar la novela de Vanegas, siquiera a manera de guía para los eventuales lectores, en la tipología de géneros literarios. A ese respecto podría conjeturarse que *Mal paga el diablo* incluye algunos elementos de novela negra, aunque no los suficientes como para cifrarla bajo dicho rótulo. También podría aventurarse que exhibe tintes de novela urbana, y a tal hipótesis convendría anexar como soporte las varias referencias a espacios bogotanos. Sin embargo, el urbanismo patente no es el cauce principal de la narración y no la signa hasta el punto de clasificarla. Por la sencillez e ingenuidad de la trama, cuyos detalles se examinarán a continuación, podría decirse que *Mal paga el diablo* tiene asiento en la categoría de novela juvenil, pero la sordidez con que a veces se aproxima al sexo y a la droga imposibilitan confirmar esa aserción.

En cuanto al fondo de la novela, a Vanegas le corresponde el dudoso mérito de una buena trama reciclada: de nuevo se aborda el gastado pretexto del contrato diabólico junto con los artificios de rutina, a saber, el sacrificio antimoral de un personaje en pos de una obsesión que acaba en la redención definitiva o en la condena irremediable. Se trata de una ludópata

que, sumergida en la más honda depresión, encuentra en manos del diablo la posibilidad de dar un vuelco a su vida. No obstante, y como es de esperarse, a medida que descubre y conoce su nueva situación, la protagonista entiende que las cosas no son lo que parecen. La sencillez de la trama no permite revelar aquí más detalles sin descubrirla por completo.

Como es previsible en un tema explorado de sobra por la tradición literaria, *Mal paga el diablo* tiene como materia prima el cliché grosero y el insípido estereotipo. Tal defecto se aprecia en múltiples niveles de la novela y da a su lectura una sensación repetitiva, casi de *déjà vu*. Por ejemplo, algunos de sus diálogos parecen calçados, conscientes o inconscientemente, de una de las demasiadas películas que tienen por eje temático la relación jurídica entre el diablo y un personaje:

–Si comemos algo delicioso, nos llenamos de grasa las arterias y nos da un paro cardíaco. Si queremos un postre nos da diabetes. Si fumamos nos tiene reservada la pequeña sorpresa llamada cáncer. Si tomamos licor para olvidar esta puta realidad por unas horas, ¿qué nos tiene Dios guardado como castigo por ese pequeño placer? Sí, señoras y señores, cirrosis. Creó la marihuana y la coca y resulta que nos vuelven, drogadictos, viles despojos. El sexo es ambrosía de dioses, pero entonces Dios se inventó el SIDA y otras curiosidades de todo tipo. Creó a los políticos, a los abogados, a los asesinos en serie, a los genocidas... a los violadores. Sí, Dios se burla de nosotros, es un hijo de puta de la peor calaña. Incluso el que tú estés plantado frente a mí es una burla. Para poder tener una buena vida tengo que hacer tratos contigo, el mismísimo diablo. Pero les tengo una noticia: me siento mejor de lo que me he sentido en muchos años, y eso ni ustedes ni nadie me lo pueden quitar. Lo vivido es mío y de nadie más. [pág. 60]

Como se aprecia con facilidad, la lectura de la novela es una constante reafirmación de lugares comunes en el mundo judeocristiano: una cosmogonía pobre, medieval y risible por lo simplista, en la que el problema fundamental del universo coincide con

el dilema humano del libre albedrío, siempre a la deriva entre el reino de la virtud angélica y el vicio pecaminoso de las huestes infernales. La libertad de escogencia es presentada como principio ordenador del universo y es reducida a un acto simple de voluntad:

–La razón por la que te necesito es algo llamado ‘Libre Albedrío’, algo que ustedes los humanos pretenden ignorar pero que usan todo el tiempo.

Hubo un silencio en el que Felipe esperó a que Laura asimilara lo que le acababa de decir, luego continuó.

–No te puedes ir al infierno a menos que quieras ir, que lo aceptes de buena gana. Es por eso que no hay tantas almas en el infierno como creerías. No importa qué clase de persona seas en vida, si al morir no quieres ir al infierno no vas. [pág. 61]

–Sí, es así de simple, sólo tienes que escoger, no podrías haberlo dicho de manera más clara. Verás, te vas al infierno si aceptas irte. Te mueres de diabetes porque decidiste atiborrarte de dulces. Sufres los intensos dolores de un cáncer de pulmón porque te importaban un pepino las consecuencias de fumarte un paquete y medio de cigarrillos al día, no te da cáncer por fumarte un cigarrillo de vez en cuando. [pág. 62]

Tal esquema cosmogónico tiene una innegable riqueza estética y presenta una inagotable fuente de curiosidad histórica cuando es puesto en su contexto y es captado a través de la *terza rima* de Dante Alighieri, pero adquiere notas ridículas cuando se pretende transplantarlo al siglo XXI, utilizando la contraposición del florentino entre el amor divino concebido como bien moral y la ausencia de dicho amor como mal. Particular atención suscita el sincretismo que impregna la cosmogonía de *Mal paga el diablo*: lejos de confundirse con originalidad, la inclusión de elementos de tradiciones orientales como el *karma* y la reencarnación únicamente contribuye a ensuciar más una visión religiosa de indudable valor estético e histórico, y resulta sintomática del *zeitgeist* al que Vanegas pertenece: una cultura desembarazada de purismos, acostumbrada a la reducción y a la falta de rigor, que tiende a restar seriedad a todo lo que no codifique en

RESEÑAS		RESEÑAS
<p>sus términos cartesianos y a clasificarlo como superstición y oscurantismo, no puede evitar producir novelas como la de Vanegas.</p> <p>Eso es cierto. El problema está en ver la muerte como un problema cuando es todo lo contrario, en realidad sólo es una transición. Si alguien muere por un tiro en la cabeza el problema real no es para el muerto, es para el que apretó el gatillo. La víctima tiene otra oportunidad de nacer, de volver a empezar. El victimario tiene que pagar el karma que conlleva lo que hizo y eso puede llevarle varias vidas. [pág. 62]</p> <p>Además de todo cuanto se ha dicho, en <i>Mal paga el diablo</i> se destaca un desperfecto adicional: no es extraño que un autor orqueste universos de ficción como pretexto para interpolar sus opiniones personales, lo sorprendente y admirable es que logre un ámbito fantástico en el que cada personaje tenga un mundo propio que salga a relucir durante la narración. Álvaro Vanegas no logra esta última pericia y se anega en la permanente formulación de sus propias opiniones, algo ingenuas por demás, a través de las palabras de sus personas literarias, cuya caracterización es otro de los planos en que <i>Mal paga el diablo</i> revela su paupérrima factura. De nuevo, el estereotipo gobierna la narración y todos los personajes, principales y secundarios, resultan sospechosos, superficiales y predecibles. Vanegas sacrifica la verosimilitud para explotar recursos literarios agotados por la tradición.</p> <p><i>Mal paga el diablo</i> no tendrá un lugar en la historia de la literatura: su ambición, llevada a término con poco o nulo éxito, ya ha sido alcanzada mediante ejecuciones más prodigiosas y con un sentido más sensato de pertinencia histórica. Ahora bien, si quisiera rescatarse algo en la novela, habría que decir que ésta suscita en el lector la avidez de avanzar y la curiosidad por conocer el desenlace. No obstante, recurriendo a las valoraciones previas, dicha virtud aislada puede entenderse como un efecto necesario de recurrir a una fórmula literaria que la tradición ha consagrado como infalible cuando se trata de recaudar lectores ávidos, y en esa medida le resta mérito. Dan</p>	<p>Brown, Paulo Coelho y Stephen King –confesada influencia de Vanegas– constituyen prueba en contra de la calidad virtuosa de esta estratagema editorial.</p> <p style="text-align: right;">Samuel Baena</p>	